

mismo. Su contacto con la literatura no es sólo bueno por la historia sino por la sabiduría y los comentarios que hace en voz alta el lector experto. Una bella imagen que hoy en día apenas existe.

Lamentablemente. Porque puedo decir que yo he experimentado la magia de la lectura en voz alta, como oyente y como lector (¿o debería decir "leedor" por oposición al acto privado y personal de la lectura?). De todos modos, hay curiosas coincidencias: hace poco he leído que Sanchis Sinisterra ha estrenado en Barcelona una obra titulada *El lector por horas*, cuyo protagonista "es un lector al que contratan para que lea en voz alta a una chica ciega de una familia acomodada". Ninguno de los dos nos conocemos. Pues, pese a las evidentes diferencias, ya ve: *hihil novum sub sole*.

En la novela se percibe ese rechazo de la lectura como obligación. Muy en la línea de Pennac, el ciego incita al protagonista a que se salte páginas para llegar a lo que le interesa más. ¿Hay aquí una crítica a los modernos métodos de anima-

ción? ¿A la extendida obligatoriedad de la lectura?

Quizá haya cierta crítica a *algunos* métodos modernos, pero hay sobre todo un homenaje a *algunos* métodos antiguos. Yo tuve un profesor de literatura que hizo con *Crimen y castigo* y con *Los novios* exactamente lo que el ciego. Nunca nos mandó leer, y creo que con ninguno leímos tanto como con él. "Explicaba" poco y leía mucho. Tenía la habilidad suprema de leernos fragmentos "perversamente" escogidos de las obras más insólitas (recuerdo piezas de teatro como *Rómulo el Grande*, de Durrenmatt, o *¿Conoce usted la Vía Láctea?*, de Karl Wittlinger), que nos dejaban literalmente en ascuas y que luego leíamos por puro deseo, sabiendo que no sólo no nos iba a preguntar por ellas, sino que hasta a veces, ladinamente, casi nos disuadía de leerlas. ¿Tengo que repetir que la lectura es como el amor? No se puede obligar a amar a nadie. Pero sí se puede poner en camino de descubrir la belleza. ☑

Ana Garralón

Unas palabras sobre Gloria Fuertes

*Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan sólo lo que he visto.
(León Felipe)*

Desde que murió Gloria Fuertes, sabias y académicas autoridades se han referido al merecido espacio que ya ocupa en la historia de la poesía, por su honda y personalísima voz, relacionándola con el realismo social, la generación del 50, el surrealismo en su vertiente postista, etcétera, y tienen razón. Algunos incluso se han atrevido a afirmar que si no se hubiera dedicado a la literatura infantil, habría llegado mucho más arriba; pero en eso, con toda su sabiduría, se equivocan.

Gloria Fuertes es una de las personas que más han hecho por la literatura infantil española en este siglo, con su obra y con su vida. Tiempo habrá de fundamentarlo, analizarlo y discutirlo. Y además es de justicia que lo hagamos. No pueden olvidarse títulos

como *Pirulí*, *Cangura para todo*, *Don Pato y Don Pito*, *La oca loca*, *La poesía no es un cuento*, *Versos fritos* o su último gran libro entre los, aproximadamente, cincuenta que publicó, el *Diccionario Estrafalario*. Pero ahora no es el momento.

Ahora solamente quería regalaros en este pequeño homenaje algunas anécdotas, que quizá no conozcáis, de la entrañable Gloria. Anécdotas que yo he presenciado o que me contó ella personalmente, pues he tenido la suerte de tratarla bastante durante la última década, por motivos profesionales primero y después también por la buena amistad que nos unía y aún nos une.

En realidad es muy difícil separar en Gloria los distintos aspectos de su personalidad; en ella iba todo

junto y revuelto. Gloria humorista y ocurrente, Gloria popular y queridísima, Gloria pacifista y combativa, Gloria original y sorprendente, Gloria solidaria y solitaria. Gloria soñadora y rebelde, Gloria sufriente y creyente, Gloria alegre y profunda, Gloria pícara y niña buena...

Hace años apareció una pintada en el madrileño barrio de Usera:

*Pienso mesa y digo silla,
compro pan y me lo dejo,
lo que aprendo se me olvida,
lo que pasa es que te quiero.*

(Salió recogido en *Primeras Noticias* y firmaba el artículo Jorge Riobóo).

Ese tipo de sucedidos espontáneos emocionaban a Gloria. Ella siempre se sintió muy querida por la gente, y yo creo que la aceptación de su popularidad no era vanidad, sino la necesidad afectiva de una persona especialmente sensible, que en pocas ocasiones recibía tanto como daba.

Un día, cuando firmaba sus libros en la Feria del Retiro –cómo le gustaba ir, esmerarse en las dedicatorias a pesar del cansancio, ver la inmensa cola de adultos y niños más allá de la hora del cierre–, un día se acercó una mujer y le dijo: “Gracias a usted yo no me he suicidado”.

No sé quién no se ha preguntado alguna vez qué pinta en la vida. Muchos, cuando descubren el sentido de la misma en ayudar de distintas maneras a los demás, se apuntan a alguna institución benéfica o religiosa, dan donativos, pasan a formar parte de ONGs... Gloria, simplemente, escribía versos. Aunque como dice su buen amigo Ismael, Gloria es, era, ella sola una ONG. (Aparte de colaborar con muchas otras: Mensajeros de la paz, Cáritas, el Teléfono Dorado de la Tercera Edad, que ella inauguró, etcétera). O como le decía a la periodista María Quirós en esas entrevistas de madrugada en la radio que tanto gustaban a la noctámbula Gloria, “hay quien se pone una aspirina en la mesilla de noche y quien se pone un libro de Gloria Fuertes”.

Imposible saber cuántas vidas salvó o alivió Gloria Fuertes con sus versos *ametrallados*.

Pero sí sabemos de miles de niños que la leían –se dormían con sus cuentos y poesías todas las noches–, la querían y escribían y han llorado con su muerte. Recibía un montón de cartas y las leía todas con mucha atención, aunque le era imposible contestarlas. Una vez recibió una en la que en el sobre sólo ponía: *Gloria Fuertes, Madrid*. El cartero, ángel o duende, se la llevó a Gloria con toda naturalidad.

Ella respetaba al niño: le creía un ser inteligente, curioso, maleable, absolutamente digno, al que no se debía engañar ni manchar. Hasta el punto de que en la Feria, cuando le apetecía fumar, se iba detrás de la

caseta a echar un pitillo, *bisonte*, a escondidas con cara de estar copiando en un examen, para que no la vieran los niños. No quería darles mal ejemplo ni siquiera en eso.

Los niños la nombraron en Málaga “Dama de la Paz”. Me comentaba que era uno de los reconocimientos que más ilusión le había hecho, como el primer premio que ganó en su vida –y que tenía colgado, añejo y descolorido, en una pared del vestíbulo de su casa–: el de los *Juegos Florales de Galerías Cascorro*, durante la República, creo. Antes de los tiempos en que Gloria subía en bicicleta todas las semanas, en la postguerra, desde Lavapiés a la calle Mayor, para entregar sus cuentos y poesías en Escuela Española, los primeros que la dieron de comer en aquellos durísimos años.

Casi todo el mundo la quiso. Me contó de una noche que fue a cenar con unos amigos y a la salida surgieron de las sombras unos ladronzuelos. Les intimidaron, les pidieron los bolsos, las carteras, pero de pronto uno de los asaltantes dijo algo así como: “Eh, colegas, nos piramos, dejadles, que ésta es Gloria Fuertes, una tía legal”. Y se marcharon...

A veces le pasaban estas cosas; a veces su vida era realmente surrealista.

Tenía en su casa una especie de tiovivo muy curioso. Cuando lo miré me dijo: “El otro día por la calle vino hacia mí un loco, me dio un beso y me regaló el tiovivo, y aquí está”. En realidad, su casa, desde la puerta de entrada con el elefante rosa con su nombre escrito, era un verdadero museo vivo de fotos, cuadros, figuritas, curiosos regalos, todo muy del estilo de Ramón Gómez de la Serna.

Gloria, porque los quería especialmente, atraía a los más indefensos: los locos, los niños, los presos, los enfermos.

Pero Gloria, tan acompañada y tan querida, amaba la soledad. Como un destino. Eran habituales las noches en la terraza componiendo, cantando, rezando a su manera, porque tardaba mucho en dormirse.

Eso me recuerda una última anécdota tan suya. Durante un recital, leyó uno de sus poemas sobre la soledad, y dijo que no tenía a nadie. A la salida, una pareja ya mayor se acercó a ella y le dijeron que, si quería, la adoptaban ante notario. Y me parece que lo hicieron.

Cuando Gloria ya conocía la gravedad de su enfermedad –fui a verla casi todas las semanas durante los dos últimos meses– le pregunté qué tal estaba. Me contestó: “Estoy a solas con Dios y mi dolor”. Me impresionó. Porque yo sabía perfectamente que estaba muy bien acompañada: no estaba sola ni un minuto. Nuria, la enfermera, Charo, la cocinera, algún familiar y sus amigos más íntimos..., siempre había alguien con ella. Cuando murió, también.

Creo que debemos leer y releer lo mejor de Gloria Fuertes, que es mucho, para que sigan acercándose a la lectura, a través de Gloria y de nosotros, millones de niños. Esa era una de sus grandes ilusiones, porque sabía que así las nuevas generaciones conseguirían *un mundo en paz*. Por fin un mundo en paz.

Y acabo con una deliciosa poesía de Gloria a la que ya se refirió Federico Martín en el homenaje que Amigos del Libro dedicó a Gloria Fuertes en Ávila, en octubre de 1993, con motivo del I Congreso Nacional de Literatura Infantil. Se llama *Canción de la niña que no quería mentir*, y ella la grabó en el disco *La canción de San Jamús*, con el grupo Agua-viva. Recuerdo que lo escuchamos juntos un día, querida Gloria.

Dice así:

Hemos de procurar no mentir mucho.

*Sé que a veces mentimos
para no hacer un muerto,
para no hacer un hijo,
o evitar una guerra.*

*De pequeña mentía
con mentiras de azúcar:
Decía a las amigas:*

*-Tengo cuarto de baño.
(Y mi casa era pobre
con el retrete fuera).
-¡Mi padre es ingeniero!
(Y era sólo fumista,
pero yo le veía
ingeniero ingenioso).*

*Me costó la costumbre
de arrancar la mentira,
me tejí este vestido
de verdad que me cubre,
(a veces voy desnuda).*

*Desde entonces me quedo
sin hablar muchos días.*



Pepe Morán. Editor de Gloria Fuertes para Susaeta y amigo personal de la escritora

Texto leído el 6 de diciembre de 1998 en el Homenaje a Gloria Fuertes celebrado durante el II Congreso Nacional de Literatura Infantil, que tuvo lugar en Cáceres.

Hablo con Gloria Fuertes frente a Washington Bridge

*Pasea con el luto de viuda de sí misma,
payasa, miliciana,
entre los arcos plateados de New Jersey
(o tal vez sean pinos, encinas, jaras y retamas
de Chozas de la Sierra... Yo ya no sé).
La navaja del río corta pan y tomate
de la tarde que se evapora.*

*Don Gil, Jilguero de las calzas verdes,
asado con madera del cajón de la portería,
miraba compasivo
cómo acunan tus brazos esqueléticos,
mientras dan de mamar a la guerra de nunca,
teta arrugada, teta guerreada,
y todo lo demás.
Y todo blanco y negro. Y desvaído.
Un hombre levanta su cabeza de ortiga
en el menesteroso anochecer.
Mendigos con fusiles (que yo los vi pasar
porque tú los mirabas).*

*Y los niños muertos que esquivabas para pisarlos
en la calle de Atocha
(nunca los vi ni quise verlos),
y aquel puente estrechísimo que no es el más con más
de Nueva York, sino de nieve y de cellisca
(yo lo he visto, y lo veo, y seguiré viéndolo),
con las mujeres de ébano y marfil arrugado,
porque era entonces todo blanco y negro.
Y ahora vuelve sin Filis, cabalgando su cáncer,
¡hasta mañana, Filis!*

*Más tarde, en tu memoria cristalizaban sombras,
entre los rascacielos de acero y miel,
sombras de mondas de patatas
que has olvidado, pues no quieres morir;
no queremos morir,
y fachadas de catedrales bordadas de palomas,
y que mañana no será otro día,
y otra sombra resbalando sobre una lágrima,
enhebrando una aguja, zurciendo una bufanda,
a la sombra de una lenteja.*

Poema extraído de *José Hierro para niños*. Ediciones de la Torre, 1998. Ilustrado por Jesús Aroca